

DIA VEINTE Y CUATRO.

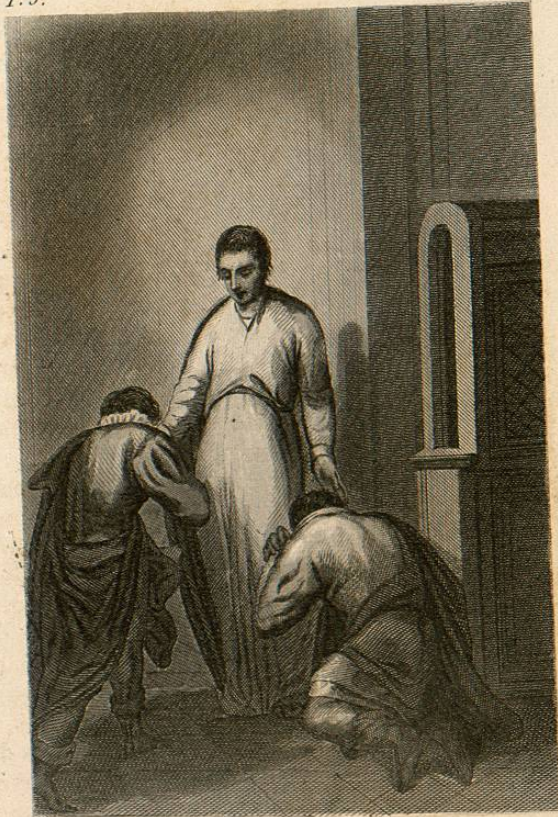
SAN JUAN FRANCISCO REGIS,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

La vida de san Juan Francisco Regis, de la Compañía de Jesus, que nació entre nosotros, y casi en nuestros mismos dias, es de tanta edificación, que no puede menos de contribuir á aumentar en un corazon francés la virtud y la devocion á un santo de su misma nacion, la que despues de tres siglos no habia logrado ver á ninguno de sus hijos colocado en el catálogo de los santos, ni propuesto á la veneracion de los fieles.

Este célebre misionero, tan conocido en el mundo así por sus admirables virtudes, como por sus muchos milagros, nació el día 31 de enero de 1597 en Foncubierta, pequeña poblacion del obispado de Narbona. Fué su padre Juan Regis, de la noble y antigua casa de Deplas, y su madre Magdalena Darcis, hija del señor de Segur, uno y otro mas recomendables por su virtud que por su nacimiento. Desde la misma infancia pareció nuestro santo como amado de Dios, y escogido singularmente para su mayor gloria. Mas de una vez veló milagrosamente el cielo por su conservacion; y en cierta ocasion, siendo de cuatro años, una mano invisible le detuvo en el momento que iba á caer en un precipicio. Adelantóse en él la devocion al uso de la razon. Dejó poco que hacer á la educacion su noble indole y su natural inclinacion á la virtud. Casi nunca fué niño; por lo menos siempre miró con aversion los juegos y los entretenimientos de aquella edad.

T. 5.

P. 674.



S. JUAN FRANCISCO REGIS.

Enamorados sus padres de las bellas prendas de Juan, le enviaron á estudiar en el colegio de la Compañía de Beziens. Señalóse luego entre todos los discípulos por el ingenio y por la virtud. Repartía todo el tiempo entre el estudio y la oracion. Desde luego se negó á toda diversion, aun la mas lícita y mas inocente; nunca se le veía en el juego ni en el paseo; los dias de asueto los empleaba ordinariamente en la iglesia. Respetaban todos su inocencia y su virginal pudor; hasta en los mas indevotos hacia impresion su recato y modestia, admirando todos una virtud tan anticipada y tan madura en un estudiante de aquella edad.

Como habia mamado con la leche una tierna devocion á la santísima Virgen, apenas entró en el colegio, pidió ser alistado en la congregacion de esta Señora, que con tanto provecho y con tanta edificacion de la juventud suele estar fundada en todos los colegios de la Compañía. Resplandeció singularmente su virtud entre todos los congregantes, y en todos se observó no sé qué nuevo fervor, efecto de los ejemplos de Regis. Contrajo particular amistad con algunos de los mas fervorosos y mas ajustados, y formó con ellos otra como pequeña congregacion que llenó de admiracion á todo el colegio.

No era para el mundo una alma prevenida con tan dulces bendiciones. Apenas conoció Regis á los padres de la Compañía, cuando se persuadió que Dios le llamaba á ella. Los principales motivos de su vocacion fueron el zelo de la mayor gloria de Dios y el de la salvacion de las almas. Pidió con instancia ser admitido en la Compañía, y lo fué con universal gozo y aplauso. Mudó de estado, pero no mudó de máximas ni de costumbres; en la religion no tuvo que hacer mas que perfeccionar la virtud en que tanto se habia ejercitado ya en el siglo. Ningun novicio le

excedió en la puntualidad, en el fervor y en la mortificación. Llamábanle ya entonces *la regla viva de san Ignacio*. Su apacibilidad y modestia hacían amables hasta sus mismos rigores. Tardóse poco en descubrir el amor y la inclinación que profesaba á los pobres; la caridad fué siempre su virtud predilecta; en nada hallaba tanto gusto como en ir á servir á los pobres enfermos en el hospital.

Concluido el noviciado, se aplicó al estudio de la elocuencia y de la filosofía, sin perder nada de su fervor. Hiciéronle maestro de la juventud en una clase de gramática, y este nuevo empleo dió ocasion á que brillase mas su zelo y su virtud. Enseñó las letras humanas en Billon, en Auch y en Puy; en todas partes fué mirado con admiración, y en todas se le llamaba el *ángel del colegio*. Consideraba su clase como el campo de la misión que le había tocado en suerte; desvelábase en hacer á sus discípulos cada día mas hábiles, y al mismo tiempo mas santos. A todos se extendían sus desvelos; pero se le notaba no sé qué predilección hácia los mas pobres.

Persuadido que el tiempo de los estudios es ocasion para entibiar el fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este escollo con piadosas precauciones; frecuentando las visitas al santísimo Sacramento; siendo muy exacto en cumplir muchas y muy tiernas devociones en honor de la santísima Virgen, Madre de Dios; leyendo libros espirituales, haciendo fervorosas oraciones, y domando su cuerpo con secretas penitencias. De estos preservativos se valió contra la disipación del espíritu y la sequedad del corazón; á que expone tanto el estudio de las ciencias abstractas.

No esperó el zelo de nuestro fervoroso jesuita á la estación regular para producir copiosos frutos. Apenas había salido del noviciado, cuando le mandaron explicar la doctrina en una población llamada An-

dance, poco distante de Turnon. Fué extraordinario el concurso, y fué el fruto prodigioso. Reformó las costumbres de todo aquel pueblo, fundó la adoración perpetua del santísimo Sacramento, y no se ha olvidado todavía la mucha impresión que hicieron en los corazones sus exhortaciones y ejemplos.

Enviáronle á estudiar la teología en el colegio de Tolosa, y desde luego dió pruebas claras de un excelente ingenio y de una bella disposición para las facultades mayores. Así siendo grandes sus progresos, lo eran también sus aplausos; y haciéndose estos insostenibles á su profunda humildad, muchas veces procuró hacerse despreciable, fingiéndose rudo ó ignorante. Previniéronle los superiores que se dispusiese para recibir el sacerdocio, y aquí fué donde se sintió como aturdo en vista de su indignidad; pero precisado en fin por la obediencia, recibió los órdenes sagrados, y celebró el divino sacrificio con tanta devoción, que la infundía á cuantos oían su misa. Desde entonces nunca se acercó al altar, sin dejarlo regado con sus lágrimas. Aquel mismo año se declaró la peste en Tolosa, y con reiteradas instancias alcanzó de los superiores que le permitiesen asistir á los apestados. Señalóse mucho su zelo; y si no tuvo la dicha de morir en este heroico acto de caridad, como la lograron muchos de sus hermanos, fué sin duda porque la divina Providencia quiso conservar la vida para la salvación de otras muchas almas. Destinábale efectivamente el cielo á mayores y mas dilatados trabajos. Llevábale fuertemente la inclinación al ejercicio de las misiones, y fué tanto lo que pidió, lo que instó, y lo que clamó á los superiores para que le permitiesen dedicarse á él enteramente, que estos, no tanto movidos de sus instancias, cuanto de su vocación que conocían ser verdaderamente del cielo, le destinaron á este

sagrado ministerio aun antes del tiempo regular. Pidió con instancia ser enviado al Canadá por saber lo mucho que padecian los jesuitas en aquellas penosísimas misiones; pero el Señor le habia destinado para santificar las provincias de Francia, y para renovar en ellas las maravillas que obraron en los primeros siglos los varones apostólicos.

Dió principio á las misiones en Foncubierta, lugar de su nacimiento, siendo quizá el primero que fué tenido por buen profeta en su patria. Apenas se puede concebir vida mas austera, mas laboriosa, ni dias mas verdaderamente llenos que los suyos. Antes de amanecer estaba ya en la iglesia, donde despues de la oracion hacia al pueblo una plática fervorosa; despues decia misa; predicaba dos ó tres veces al dia, y empleaba en el confesonario todo el tiempo que no ocupaba en el púlpito. Visitaba á los enfermos por via de descanso; y casi todas las que llamaba distracciones eran alguna nueva obra de misericordia. Apenas dormia mas que dos ó tres horas, echado en el duro suelo, ó recostado en una silla. Desde los primeros años de su ministerio apostólico se prohibió el uso de la carne, del pescado, de huevos y de vino; su alimento regular era pan y agua; y si alguna vez se veia precisado á tomar un poco de leche, se acusaba de su excesiva delicadeza. En los diez últimos años de su vida, que consagró á las misiones, jamás se quitó el cilicio. Para él no habia en todo el año estacion mas agradable que la del mas rígido invierno en aquellas ásperas montañas, porque en ninguna otra tenia mas que sufrir y padecer. Los hielos, las nieves, las lluvias, los vientos, los arroyos, las simas, los precipicios, las borrascas, nada le acobardaba, nada era bastante para moderar su zelo. Si le representaban los compañeros que aquello era tentar á Dios, les respondia sonriéndose: *Tengo muy ex-*

perimentado cuánto cuida Dios de mí; y no es razon que cargue yo con este inútil cuidado. Agraviárale mucha si alguna cosa me acobardase. Su confianza en Dios era sin limites, y el Señor obraba grandes prodigios en su favor. Rompióse un dia una pierna de resultas de una caída, y al punto se le consolidó perfectamente sin ningun remedio humano.

No fué el Langüedoc el solo teatro de la inmensa caridad de nuestro apóstol. No hubo pueblo ni aldea en el Vivarés, no hubo choza ni cabaña en el Velay, adonde no penetrasen los ardores de su zelo. Apenas se dejaba ver en el púlpito, cuando se mostraba enternecido todo el auditorio. Las lágrimas de los mas rebeldes pecadores daban testimonio público de su sincera conversion; y lo mas asombroso fué, que de tanto número de almas convertidas, ni una sola dejó de conseguir por las oraciones de Regis el don de la perseverancia. En Tolosa, Montpellier, Somieres y Puy fundó casas de recogidas, donde voluntariamente se refugiaban las mujeres arrepentidas. Estas utilísimas conquistas le suscitaron muchos enemigos. Ciertos libertinos resolvieron asesinarle: con este intento le llamaron ya muy entrada la noche á la iglesia del colegio, fingiendo que querian confesarse; supo el siervo de Dios, por revelacion divina, sus sacrilegos intentos; bajó, púsoseles delante, hablóles, moviólos, convirtióslos, y la respuesta de aquellos infelices fué un torrente de lágrimas que derramaron.

Los felicisimos sucesos de la mision que hizo en Cheylard, apenas parecian creibles aun á los mismos que fueron testigos de ellos. Lachau, Privas, San Agreve, San Andrés, Fangas, Marthes, y todos los pueblos comarcanos, acreditaron lo que puede un predicador animado del espíritu apostólico. Los herejes, no pudiendo resistir á un hombre tan poderoso en obras como en palabras, abrazaron la religion

católica; y todo aquel país, mucho mas espantoso por el desórden de las costumbres, que por sus montañas y sus bosques, se convirtió en domicilio de la virtud y de la inocencia. Es verdad que ningun predicador autorizaba mas que Regis la santidad del ministerio con la santidad de la vida. Su semblante extenuado por el rigor con que trataba su cuerpo; una modestia que se llevaba hácia sí los ojos y la admiracion de todos; un profundo recogimiento, y una apacibilidad que ganaba los corazones, todo esto era sermón en Regis.

No pudiendo reprimir los incendios del divino amor que abrasaban su inflamado corazón, se le oía muchas veces prorumpir en estas exclamaciones: *¡O Dios mio, ó amor mio, y delicias de mi corazón, que no pueda yo amaros todo lo que vos mereceis ser amado, y todo lo que deseo amaros!* Por eso se comunicaba el Señor á aquella grande alma de un modo verdaderamente singular. Las indispensables distracciones de su ministerio no le interrumpian la íntima union con su Dios; y en medio de las mayores ocupaciones se le vió muchas veces extático y elevado.

De este vivo amor á Jesucristo, que le penetraba todo el corazón, nacia aquella tierna compasion con que miró siempre á los pobres. Siempre se le hallaba rodeado de ellos; considerábalos como la porcion mas querida del rebaño de Jesucristo; y entre los pobres sentia particular inclinacion á los de las aldeas y de los campos, por contemplarlos mas desamparados. Su zelo no reconocia límites; tratándose de salvar una alma, nada se le hacia difícil. El gran teatro de esta inmensa caridad se puede decir que fué la provincia de Puy. Enviáronle los superiores á aquella ciudad el año de 1636, para explicar la doctrina en la iglesia del colegio, y para que de cuando en cuando hiciese algunas excursiones por las aldeas

de la comarca. Era tan grande el concurso á la doctrina, que fué preciso tomar algunas providencias para que no sucediesen desgracias en el auditorio. El fruto correspondió al concepto que se tenia de su santidad, y en el espacio de tres meses se observó en toda la ciudad una total mudanza de costumbres. El retiro de todas las mujeres de mala vida, y sobre todo la conversion de una famosa dama cortesana, fueron causa de muchas persecuciones que se suscitaron contra él. No pocas veces fué menospreciado, insultado, abofeteado, apaleado, y arrastrado por el suelo; pero su paciencia y su dulzura desarmaron á los furiosos, y convirtieron á los disolutos. Con todo eso no fueron estas las pruebas mas sensibles en que se acrisoló la virtud del fervoroso jesuita.

Ejercitósela terriblemente cierto rector nuevo que llegó á gobernar el colegio de Puy. Fuertemente impresionado contra el santo, desaprobó desde luego su derramamiento hácia afuera (asi lo llamaba él). Limitó su zelo, reduciéndole á términos muy estrechos; moderó las visitas que hacia al hospital; prohibióle el ejercicio de muchas buenas obras; empeñóse en mortificarle, reprendióle en público y en particular; en una palabra, nada hacia Regis que mereciese la aprobacion de su rector; pero nada de esto bastó para arrancar de la boca del santo ni una sola palabra que sonase á queja, ni á defensa ó apologia de su proceder. Obedeció en todo con la mas puntual exactitud y con la mayor alegría, y padeció con religioso silencio. El ejercicio fué terrible, pero de corta duracion. Fué desaprobada la conducta del rector, y él mismo al cabo reconoció y condenó sus violencias. Removiéronle del empleo, y el sucesor que le señalaron, dejó libre al santo el ejercicio de sus funciones, sin poner límites á la extension de su celo. No hubiera sido fácil proceder de otra manera,

porque el cielo autorizaba visiblemente con prodigios la caridad de nuestro apóstol.

Hallándose la ciudad de Puy en una extrema carestía de granos, tomó Regis de su cuenta el sustentar á todos los pobres. Juntó con grandes trabajos y fatigas todo el trigo que pudo; encerrólo en una panera, y púsola al cuidado de una virtuosa señora llamada Margarita Baud. Acabóse muy presto toda la provision, y avisado el santo de que no habia trigo ni dinero para comprarlo, no por eso dejó de enviar á la caritativa señora una pobre mujer cargada de hijos, con orden de que la diese todo lo que hubiese menester para mantenerse. Admirada la virtuosa matrona, fué á buscar al siervo de Dios, y le dijo que extrañaba mucho la orden que la habia dado, pues no ignoraba que no habia ni un grano de trigo. Sonrióse el santo, y la respondió: *Andad, y á nadie me negueis limosna.* No replicó la buena señora; volvió á casa, y halló la panera llena de trigo. Toda la ciudad fué testigo de este prodigio, que se repitió por tres veces durante la carestía. Ni fué este el solo milagro que obró Regis durante su vida. Siendo aun mozo, y enseñando la gramática en Puy, curó de repente de una grave enfermedad á un discípulo suyo que ya habia recibido los sacramentos; en fin, no hizo mision que no fuese señalada con algun prodigio.

Siendo tan inmenso el zelo de nuestro misionero, no podia encerrarse dentro de las murallas de una ciudad. No hubo pueblo, aldea, choza, ni cabaña en los obispados de Puy, Viena, Valencia, Viviers, en el territorio de Velay, que no hubiese corrido el siervo de Dios en los cuatro últimos inviernos de su apostólica vida. Fai, Marthes, San Salvador, San Pedro de los Macabeos, San Boneto el Frio, Vourey, Monregard, Monfaucon, Rocouilles, Marcou, Chambon, Lalo-

vesco, no cesaron nunca de publicar los asombrosos trabajos y los maravillosos frutos del zelo de este nuevo apóstol. En Fai dió vista á dos ciegos; en Marthes libró á un endemoniado; en Monregard convirtió á la religion católica á la célebre madama de Romecin; en Monfaucon expuso su vida asistiendo á los apestados, y por sus oraciones cesó el contagio. En todas partes correspondia el fruto á su zelo y á sus deseos. Esto le obligó á escribir al padre general de la Compañia la carta siguiente, cuyo original se guarda en el archivo de la casa profesa de Roma, y es su fecha de primero de abril de 1640.

M. R. P. N.

Recurro hoy á V. P. con tanta mayor confianza, cuanto estoy persuadido que la súplica que voy á hacer á V. P., no será de su desagrado. Esta es, que V. P. por su bondad se digne permitirme consagrar la vida y fuerzas que me quedan á la enseñanza de la gente del campo. No puedo explicar los grandes bienes que produce este género de misiones. Hablo por experiencia, habiéndolo visto por mis ojos; y pluguiese á Dios se me hubiese dado licencia para experimentarlo mas frecuentemente. Pido, pues, licencia á V. P. M. R. para emplearme por lo menos seis meses al año en este divino ministerio. El señor obispo de Puy me ha dado todas sus facultades; muchos curas y muchos pueblos piden con grandes instancias la mision. El padre rector, juzgándome necesario en el colegio, me detiene en él de cuando en cuando, á pesar de la extrema necesidad de tantas almas como perecen en las aldeas por falta de socorros espirituales. Suplico á V. P. se sirva hacer reflexion á que en los lugares grandes se distribuye el pan con abundancia, mientras los pobrecitos del campo mueren de hambre, por no haber una mano caritativa